CentroAmerica en Movimiento

“LUCHEN POR SU LIBERTAD, POR SER QUIENES USTEDES DESEEN SER. NUNCA OLVIDEN A AQUELLAS MUJERES QUE SON LUZ Y FUERZA EN SU CAMINO.”

Raíces

Pensaba en cortarme, en desenterrarme, el reloj marcaba las 5:45 de la mañana. No concebía la vida sin la capacidad de respirar, mientras mis pies conectaban con el verde vivo que me daba vida también. Era tal vez esa hora, en ese único espacio donde podía sentirme libre, pero, y si para ser libre, ¿tenemos que cortar nuestras raíces de estas tierras?

Caminaba, me abrazaba intentando sostenerme, reconozco aún el miedo, el terror que guardo y atraviesa cada cédula de mi cuerpo, es el terror mismo de caminar, de la incertidumbre, de no saber lo que puedo encontrar, es el terror mismo que guardo desde el momento que decidí nombrarme mujer. Cuando llego hasta el árbol de Madroño, que habita frente a la acera de la vieja Pancha, me pesan los hombros y la espalda, me siento cansada, es el dolor de cada golpe que se me grabó en la conciencia, el dolor de cada palabra, de cada vez que me dijeron; “usted no, no es mujer”, “no es una mujer de verdad”, “usted estudio, pero no puedo contratar a un hombre vestido así”, “si se anda creyendo mujer, tiene que cumplirme”. Desde entonces, el miedo se clavó en mis huesos, me ata, los fantasmas por las noches no me dejan dormir y me están pudriendo las raíces.

Intentaba seguir mi camino, impulsada por mis pies, que me mantenían anclada a la tierra. Sentía el sol quemando mi piel, me calentaba y me hacía sudar, mi consienta despertó de repente; “estoy sola”, me dije. No había nadie más a mi lado, el horizonte se mira tan lejano y el camino se volvía cada vez más angosto. Estaba sola; el conocimiento en sí mismo, no me salvaba de nada.

A pocos metros del río las vi, era una tribu de mujeres que reían, sentadas, con flores en sus cabellos, se arrullaban, se abrazaban, se miraban, se retaban y amaban; mientras de una botella tomaban algo que desde donde estaba parecía ser agua, una de ellas me dijo; “compañera, para seguir caminando es importante sanar, aliviarnos los pies y el alma. ¡Venga!, tómese algo fresquito con nosotras!”. Me di cuenta que mi destino no estaba tan lejos; que las maletas pesan menos cuando hay otras que nos ayudan a cargarlas. Sané por mí y por otras, entendí que no debía cortar mis raíces, pero sí liberarlas, que no es igual. “Luchen por su libertad, por ser quienes ustedes deseen ser. Nunca olviden a aquellas mujeres que son luz y fuerza en su camino.”

Génesis Victoria Abaunza,
26 años
Masaya, Nicaragua.

Florecer

Todo sigue presente, todo está marcado sobre mi piel y no me arrepiento de nada. Ahora, hay mucho que me es difícil decir, voy a intentar dejar de disfrazar el dolor y hablar lo más claro posible, como si de una fotografía se tratara.

Recuerdo cuando inicié; creaba, analizaba el mundo completo, mi única necesidad era comérmelo todo. Aprendí a comer entero lo que me parecía seductor, llegaron los días en que devoré libros, palabras, ideas, sueños, y más sueños. Llegaron los días en que necesité ser mía, conocerlo todo y haberlo probado todo era mí único deseo. Nadie lo haría por mí. Mi necesidad era abrazar las diferencias de mi propia historia para abrazar después a otras.

Durante el proceso, descubrí, casi sin querer, que despacio y sin prisa intentaron quitarnos el instinto, nos educaron, para pensar como ellos quieren: como quiere el gobierno, la iglesia, la sociedad, la escuela y la familia. Nos enseñaron a ser hombres o mujeres, como una obligación que debe ser cumplida desde el momento en que nacemos Yo, para permitirme florecer, dentro de esta tierra podrida, debía tener claro cómo estaban sostenidas mis raíces.

Encontré respuestas en mis hermanas, en su empatía, en su amor y su ternura como una herramienta nueva para construir el mundo. Me niego todavía al olor de la violencia, aunque me invade. Me niego a la ignorancia, aunque me llama. Me niego al miedo, aunque me atraviesa.
Apelo a mi voz, porque me resisto a callar la culpa que no es mía. Apelo a la fuerza de mi historia, y a la fuerza de las otras que florecen conmigo. Alrededor ve el caos cohabitando junto a mí, todo está lleno de espinas, intentan cortar mis pies, pero no me van detener.
Hoy, entiendo, que mi camino no es el equivocado, hablo de mi presente, y de este nuevo horizonte que es igual para todas cuando caminamos de la mano, cuando construimos para que la realidad que soñamos sea posible, el horizonte es el mismo, cuando nos abrazamos sanas y seguras.

"Somos responsables de nuestra propia felicidad, la existencia humana no es lo que te enseñaron, es lo que vos sentís y creés."

Amnes Virginia Richards
27 años
Ciudad de Guatemala, Zona 16, Guatemala

"SOMOS RESPONSABLES DE NUESTRA PROPIA FELICIDAD, LA EXISTENCIA HUMANA NO ES LO QUE TE ENSEÑARON, ES LO QUE VOS SENTÍS Y CREÉS."

“LUCHAR ES TODO UN PROCESO DE APRENDIZAJE. NO ESTAMOS EN EL CAMINO EQUIVOCADO. SOMOS LAS VOCES Y EL ANUNCIO DE LA DEFENSA DE LA VIDA. LA FUERZA DE LAS COMUNIDADES NOS ACOMPAÑA.”

Corrientes

Nos cansamos de andar vagando; por los bosques y las orillas de los ríos, entonces nos fuimos quedando. Inventamos primero las aldeas y la vida en comunidad, después la sed por el dinero y las grandes máquinas pesadas amenazaban con destruirlo todo, ensuciaban las aguas y quemaban los sueños. Nos mentían, diciéndonos que estábamos seguras, pero no éramos libres. A mí, la voz del río me llamaba en un canto arrullador, susurraba mi nombre, muy cerca de mi oído. Era un canto dulce que me daba paz.

Mi cuaderno estaba abierto sobre mis piernas. El río no sólo cantaba mi nombre, sino, también sus dolores, cantaba la historia de una ciudad en peligro, olvidada, sobre poblada, invadida por la corrupción, obligada a pagar un alto precio por todas sus corrientes de vida. El río cantaba sus miedos, le cantaba a sus hijas, a sus muertas y a la sangre que podría sus causes. Me cantaba la historia de su vida.

El canto era una historia de espera, una espera constante, la espera de la muerte; moríamos de una en una, los hombres querían que nos calláramos, definitivamente intentaban secarnos de raíz. El río no quería que su miedo fuera también mío, necesitaba más, necesitaba sanarnos. Quería que mi voz llevara su canto y que todas cantáramos juntas. Confiaba en un canto de amor que nos guiara, nos abrazara, y decididamente nos salvara de la muerte.

El río y yo, queríamos limpiarnos; las manos, los pies, la cabeza y la consciencia. Ya no soportábamos el olor de muerte y violencia. Mi vida se transformó; cuando fuimos muchas, cuando éramos todas las que remábamos para salvar las corrientes. El río me permitió encontrarme. Hoy, si tuvimos agua para beber.

“Luchar es todo un proceso de aprendizaje. No estamos en el camino equivocado. Somos las voces y el anuncio de la defensa de la vida. La fuerza de las comunidades nos acompaña.”

Judith Barrera
27 años
Apopa, El Salvador

“A VECES NOS DESGATAMOS TANTO PREOCUPÁNDONOS POR ENCAJAR EN ESTA SOCIEDAD, OJALÁ QUE PRONTO ENCONTREMOS EL CAMINO A LA FELICIDAD, ¡QUE NUESTRAS ANCESTRAS NOS GUÍEN!”

Ojos

Nos cansamos de andar vagando; por Veo mi reflejo en el espejo, veo al niño que fui, el niño que ya no está. Son mis ojos de ayer, cuentan la historia de ese niño privado, que no quería vivir, era el niño que lloraba los días que mamá prometía llegar a jugar con él, ese niño aprendió a caminar impulsado por la esperanza, aprendió a limpiarse las lágrimas y decir: “Mi abuela está conmigo”. Desde pequeño me sostenía en mis ancestras, eran ellas quienes guiaban y acompañaban cada uno de mis pasos, en comunidad, encontraba las fuerzas suficientes para continuar.

Por aquellos años, era ya consciente también de las piedras en el camino. Recuerdo la violencia de mi tierra, la ignorancia, los vacíos y el miedo. Recuerdo el frío recorriendo mis huesos, no me sentía seguro en ningún sitio, no me reconocía, el espacio que pensaba mío realmente nunca lo fue. Tuve que salir, cruzar el charco, estando lejos de casa aprendí que lo que nos enseñan no siempre es verdad, la única verdad es que necesitaba construir mi propio lugar, construirlo desde dentro, necesitaba nombrarme hombre y romperlo todo, me negaba también a entenderme como uno de esos seres causantes de mi dolor y del dolor de mis hermanas. No me movía el deseo de ser superior al otro o a la otra, me inspiraba la necesidad de curar, de atender, de entender y de sanar.

Hoy, que me reconozco libre y no como una enfermedad andante, veo más allá del mundo que me rodea. Veo a otros y otras iguales que yo, que sienten, luchan y tienen el poder de transformarlo todo. Me duele, me duele la tristeza que les atraviesa, me duele la vida al ver la violencia producida en nombre de la ciencia, pero al verme reflejado en sus ojos, los ojos de mis hermanos, de mis hermanas, la esperanza me alivia y soy capaz seguir andando. Compartimos los abrazos y la vida misma, las cargas pesan menos, cuando bailan conmigo, cuando rompemos las normas de este mundo que no nos dejan ser felices.

Estos, son mis ojos de hoy, y cuentan la historia de un hombre, que le hace frente al miedo. Cuentan una historia rebelde, que se sale de los moldes de la normalidad. Mis ojos de hoy cuentan una historia de resistencia, de emoción, de vibración. Cuentan mi historia, la de otros y otras con quienes me abrazo para habitar el mundo.

“A veces nos desgatamos tanto preocupándonos por encajar en esta sociedad, ojalá que pronto encontremos el camino a la felicidad, ¡que nuestras ancestras nos guíen!”

Dylan Valentín Duarte
30 años
Siguatepeque, Comayagüa/ San Pedro Sula, Honduras

Diana en el país de las pesadillas

"A USTEDES, QUE LUCHAN, QUIZÁ NO LES CONOZCO, PERO LES QUIERO, LES ACOMPAÑO, ESTAMOS CAMINANDO JUNTAS, CONSTRUYENDO UN MUNDO MEJOR PARA TODAS. INSISTAMOS, PERSISTAMOS."

Desde los 4 años me habían dado una retahíla de normas que aprenderme; "Dianita, hay que ser sumisa, buena mujer y religiosa devota" "Dianita, no hay que hablar demasiado, calladita te ves más bonita", "Dianita y buscá como arreglarte, tenés que mirarte bonita; pero sin exagerar, los hombres pueden pensar que los estás provocando", "¡Cuidado Dianita, sin contestar!, a las niñas malcriadas y rebeldes el duende se las puede llevar".

Habían querido siempre, poner mi vida en pausa, me intentaban censurar, querían negarme mis derechos y así mismo la felicidad, sin duda vivíamos tiempo difíciles, este es el país de las pesadillas, un territorio donde no nos permiten nombrarnos ni levantar nuestra voz, un territorio donde sepultarnos es derecho de los poderosos y nadie dice nada, nadie protesta, la gente calla mientras la juventud es obligada a volar, a v abandonar sus raíces para no morir; de hambre o a falta de sueños.

Todavía, guardo la esperanza, en el bolsillo más pequeño de mi vestido, me negó a dejarla ir. Todos los días, al abrir los ojos, suelo pensar en algunas imposibilidades, antes de dejar la cama, es lo único que me da fuerza para lograr salir de casa, sin saber si voy a volver. La primera la misma a diario; ¡Qué se vaya el dictador!, confío que un día, pronto, no estemos al servicio del poder.

Me quedo un momento sentada sobre la cama, imaginando que mi primera imposibilidad es posible, y sonrió, de repente siento ganas de bailar, y llega a mi mente la segunda; ¡me niego a representarme en vos gigante estatal, pero también me niego a ser parte de tus estadísticas!, imagino que pronto, el periódico, la televisión y la internet, van a dejar de ser más controlados por un tirado, que no nos van a seguir engañando y que las periodista ya no van a andar más a las carreras, escapando para salvar su libertad de expresión, me quedo de pie, frente al chorro de agua que baña mi cuerpo desnudo, con los ojos cerrados, ideando un mundo mejor, sorpresivamente la radio de mi vecina me regresa a la pesadilla, anuncia; "Hoy despertamos con el cielo despejado, cero homicidios y ninguna mujer ha sido asesinada", pero María, la hija de la muchacha que vende totillas, ayer salió al colegio y no volvió.

La digna rabia me acompaña hasta comedor, bebo de mi taza de café y por mi cabeza cruza otra imposibilidad; ¡Reconozcan a las que ya no están, , por mi amiga, la Oruga, a quien no voy a ver más fumando de su pipa, y por nosotras, las que quedamos, estas juventudes que damos la cara, porque nos enseñaron que nuestro cuerpo era un buen escudo para detener las balas y la muerte, por nosotras, para aprender cuando sí y cuando marcharnos, para cuidar de nosotras.

Salgo de casa, con mi mochila en la espalda, con la fe en que voy a volver, que mamá al regresar va esperar por mí con los brazos abiertos. Resisto, porque tal vez hoy no, pero mañana, seguro, va a ser diferente, nosotras vamos a hacer el cambio posible.

"A ustedes, que luchan, quizá no les conozco, pero les quiero, les acompaño, estamos caminando juntas, construyendo un mundo mejor para todas. Insistamos, persistamos."

Diana Casco
23 años
Las manos, Chalatenango/
El Salvador

“A TRAVÉS DE LAS MEMORIAS DE NUESTRAS TIERRAS, LAS JUVENTUDES HILAN LA HISTORIA, ENTRE EL PASADO Y EL PRESENTE.”

Frente al lago

Mi cabello bailaba con el viento, sentía en mis pies la energía misma de la tierra, escucho la voz del lago, y con ella recuerdo las historias que mi abuela me contaba con mi cabeza sobre su regazo. Crecí nadando contra corrientes, y aunque siempre fui feliz, no podía dejar de pensar aquellas cosas que desde niña escuchaba: “las mujeres y los jóvenes no, ustedes no tienen experiencia para armar la revolución”, “las mujeres son más útiles en la cocina, más ayuda quien no estorba”. Nunca hice caso, ya saben: “a palabras necias, oídos sordos”; desde pequeña me di cuenta que podía nadar rápido y no pensaba dejarme alcanzar.

¿Alguna vez han intentado remar con el viento en su contra?, yo sí. La vida es igual, tenés que sostenerte muy fuerte, aferrarte de donde se pueda, porque si no, al menor descuido, te tumba. Sí, la vida es igual, a mí, el luto de mis tierras y el dolor de mi raza, intentaron tumbarme, fue una pelea constante; los poderosos me empujaban y yo me levantaba, el estado corrupto me volvía a empujar y yo me volvía a levantar; así, una y otra vez, la casa de mi abuela gritaba la rabia y el miedo, tuvo que huir para salvarse, yo siempre creía en ella.

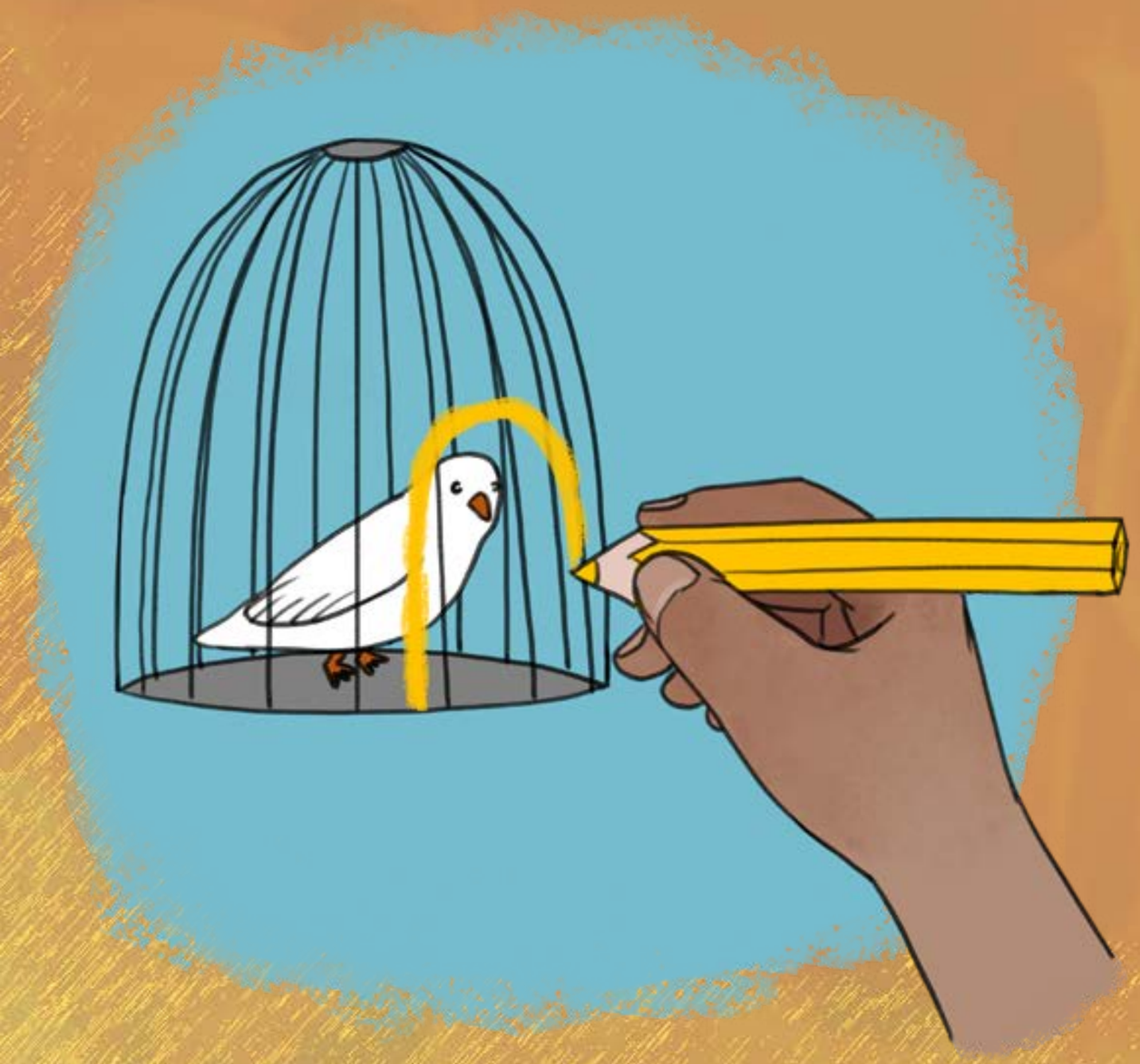
Preferí confiar en Chonita, mi abuela, ella era sabía; tenía alma indígena y corazón de guerrera; con sus agujas de tejer, hilaba para mí los colores de la revolución; me pintaba los labios de morado y nos íbamos a pasear al muelle del lago, ella le llamaba libertad. Mi abuela, era el rostro de todas las mujeres, la denuncia andante contra quienes nos oprimen, Chonita luchó, luchó para que nuestras voces sean escuchadas.

Hoy, no soy más una niña, y frente al lago, sintiendo mi cabello bailar, sé que la fuerza de mis ancestras me acompaña, mi pueblo, mi raza, me cuida en el camino, y aunque Chonita ya no está, yo, continúo luchando, creyendo firmemente que nuestras historias deben ser contadas, ninguna de nosotras merecemos ser números sobre el frío papel de un periódico.

“A través de las memorias de nuestras tierras, las juventudes hilan la historia, entre el pasado y el presente.”

Keyly Reanda
23 años
Santiago Atitlán, Sololá, Guatemala

“PARA AYUDAR A OTRAS Y OTRAS, SEAMOS PRIMERO PERSONAS SANAS.
ESTA ES LA HERRAMIENTA MÁS PODEROSA.”



Revolución

Acostumbrarte a la amiga que se fue, a sobrevivir, a quedarte sola, a ponerle dos seguros a la puerta por las noches y dormir en una almohada que no es tu almohada. Ver estas calles en las que ya no habitas, de donde ya no sos parte. Sentirte obligada a permanecer callada sin decir lo que pensás, vivir vigilada, vivir con miedo, vivir escondiéndote.

Un día me harte, escuche a mi cuerpo, me dijo que no podía soportarlo más. Ya llevábamos años en revolución, era lucha directa contra el poder, todo mi mundo estaba en movimiento, la rebelión quemaba dentro de mí, desde los pies hasta la última hebra de mis cabellos. Vivimos en carencia, eran tiempos de sequía y abstinencia; unos bebían, otros morían y muchos imploran a sus dioses, todos en busca de paz. Yo comencé a organizarme, descubrirme que caminar con otras que me acompañaran en el camino, volvía las cargas más livianas, fue entonces cuando lo supe, no estaba más sola, tenía la fuerza para abandonar el miedo y curar mis heridas.

Sentía también, por aquellos días, la necesidad de romperlo todo, y construirlo nuevamente, de poder nombrarme, de dibujar y pintar para nosotras un mundo nuevo, un mundo mejor, siento que lo estoy logrando, poco a poco, paso a paso, estoy sanando.

Ahora, después de recorrer el mundo de la mano en compañía de muchas otras, después de imaginarme en cientos posibles mundos, donde creer no sea un problema; ni gritar, ni amar, ni luchar; reivindico este derecho tan mío, que quema aún dentro de mí, y un día mi voz, con un tambor, resonará fuerte, ese día, Estado, vas a tener que escucharme, vas a sentir como mi sangre hierve, como mi arte te quema, vas a tener que escuchar mis denuncias, que nacen desde las vísceras de una mujer a la que estuviste a punto de ahogar en su propio vomito, provocado día a día, bala a bala.

“Para ayudar a otras y otras, seamos primero personas sanas. Esta es la herramienta más poderosa.”

Samya Lia
24 años
Ciudad Sandino, Managua/ Nicaragua

"LAS MUJERES NO NECESITAMOS EL APOYO DE UN HOMBRE, NOSOTRAS TENEMOS LA CAPACIDAD DE LANZARNOS A LA VIDA Y ATRAPAR NUESTROS SUEÑOS."

Poder en la mar

Me lancé a la mar a pescar, buscaba no solo peces, para poner comida sobre la mesa, intentaba también atrapar mis sueños y las oportunidades que la corrupción nos ofrecía a cambio de votos, como si nuestros derechos estuvieran a la venta. Me lanzaba a la mar con la esperanza de construir un futuro para mis hijas, quería borrar de mi mente la idea de migrar, sin lugar a dudas representaba la única solución a los miedos de quienes habitamos estas tierras, pero la distancia duele, pesa, destruye y nos rompe a nosotras mismas.

El sol quemaba, en medio de la mar, los rayos de luz son como lanzas, con la punta ardiendo impactando contra tu piel, te hacen sudar, sentir que el calor te va a ahogar. Mi hermana y yo habíamos llegado lejos esa mañana, estábamos sentadas en nuestra lancha en medio de la nada, tres años habían pasado desde que abandone la capital, mis manos sangraban, mis hombros pesaban, cuidaba una casa que no era mía y alimentaba a una familia donde no pertenecía. Iniciamos a recorrer la mar cuando mi hermana y yo nos hartamos del dolor de la violencia, dejamos a nuestros maridos y preferimos navegar contracorriente, luchar con los vientos y las aguas para que nuestras hijas pudieran florecer, aunque nosotras nos marchitáramos. Habían pasados horas, y a pesar de nuestra insistencia, de bajar las redes con la fe puestas en el agua, nada mordía el anzuelo aún. La vida es igual, pasamos el tiempo con las fuerzas puestas en los poderosos, esperando; esperando no morir y sobrevivir, esperando que nos recuerden, que escuchen nuestros lamentos, esperando que nos vean, que sepan que existimos; y la vida se va, así como el sol por las noches se apaga, cuando nos hacemos consientes, se fue la juventud y no tenemos nada.

El cuerpo se cansa, de luchar contra la invasión, de defender las aguas y las tierras para permanecer en ellas, para no abandonarlas. He intentado, durante este largo y complicado viaje donde he sido embestida por vientos y tormentas, sanar mi alma, ser feliz, porque sin duda en este mundo caótico, que nos odia y humilla, la alegría es también un acto de amor, no solo para mí, sino para las que caminan tras de mí; mis hijas.

Hoy, que la vida parece que pasa sin cambiar, estoy segura que no necesito a nadie que se crea con poder sobre mí, estoy segura, que tengo la fuerza para construirme de nuevo, para lograr que mis hijas recorran el mundo que a mi me negaron, soy pescadora, lo digo con orgullo y navego mi lancha en la inmensidad del mar, confiada, pero no a la espera, aprendí que tengo el poder de crear mi propio destino.

"Las mujeres no necesitamos el apoyo de un hombre, nosotras tenemos la capacidad de lanzarnos a la vida y atrapar nuestros sueños."

Dorquis Chávez
38 años
Aldea de la flor, Zácate Grande/ Honduras

CentroAmerica en Movimiento